



DESTINO



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© Alejandro Palomas, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Impreso en España – *Printed in Spain*
ISBN: 978-84-08-20543-2
Déposito legal: B. 3.245-2019
Fotocomposición: Realización Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Guille

TODO EMPEZÓ con la redacción de Nazia.

Cuando la señorita Sonia entró a última hora y vio que Miguel Escobar y Laura Salas se estaban peleando porque querían sentarse al lado de la ventana, se puso muy seria y sacó un poco de aire por la nariz.

—Como es el primer día de clase, dedicaréis la hora a contarme lo que habéis hecho durante las vacaciones de Navidad —dijo muy seria. También levantó muy rápido la mano y el dedo, así, apuntando al cielo—. Por escrito. Quiero la redacción por escrito. Y en boli.

—Jo, seño, siempre lo mismo. Es que con lo cortas que son las vacaciones no da tiempo de hacer nada —dijeron los gemelos Rosón, que muchas veces hablan a la vez, y Gema Piñol se metió la mano por debajo de la falda, se estiró la goma de las bragas y luego se oyó «chas» y ya está.

A mí las redacciones no me gustan porque no me salen muy bien, pero este año las vacaciones de Navidad han sido un poco raras y tenía muchas cosas que contar. Lo primero es que ahora Nazia vive con nosotros. Es como si los Reyes me hubieran traído una hermana, pero mejor, porque no es una hermanita pequeña de esas que llegan unos años des-

pués y lloran toda la noche porque tienen caca y hambre y son bebés. Nazia tiene nueve años como yo y es mi amiga, y cuando la semana pasada estuvimos cenando en la pizzería, el tío Enrique, que es el hermano de papá, dijo que eso no pasa nunca, que es como que te toque la lotería, porque «hermanos que de mayores se hacen amigos, puede ser, pero amigos que se hacen hermanos, eso sí que no. Nunca».

—Terminaremos diez minutos antes de que suene el timbre para que alguno salga a leer la redacción a la pizarra —dijo la seño. Luego se acercó a su mesa, que está encima de la tarima de madera porque así es más importante—. Y contará para nota, así que ojito.

Enseguida cogí la libreta y me puse a escribir. Tenía que acordarme de tantas cosas que seguro que se me olvidaba alguna y luego ya no podría corregir. Es que si es con boli, la señorita Sonia no nos deja tachar, pero si es un dictado, sí. Y terminé casi el primero porque cuando puse «FIN» las únicas que ya no escribían eran Nazia y la niña nueva que no decía nada porque como era nueva se sentaba en primera fila y, claro, no conocía a nadie. Es que a lo mejor era tímida.

Mientras esperaba a que los demás terminaran me quedé un poco dormido. A última hora me da el sol por la espalda, y como me siento al lado del radiador, se está muy calentito y me da el sueño, pero cuando ya había bajado la cabeza para que no se me notara, la señorita Sonia se levantó de la silla grande.

—Muy bien, niños. —Cogió la lista de la clase con los

nombres donde pone las notas y dijo—: Guille, ¿puedes salir a la pizarra y leernos tu redacción?

Y bueno. Es que cuando la seño dice «puedes» es siempre que sí, porque si es que no, tienes que salir igual.

Y fui.

REDACCIÓN: Mis vacaciones de Navidad

Papá dice que cuando menos te lo esperas pasan cosas, unas buenas y otras así así, y que lo mejor es tomarlas como vienen. Y también dice: «Al mal tiempo, buena cara», que es como decir «llueve, pero qué se le va a hacer» aunque en persona mayor. El día de Navidad comimos juntos papá, Nazia y yo, y cuando llegó la hora del turrón él se puso muy serio y quiso decir algo importante, pero enseguida se le quedó la voz ronca, se levantó muy rápido y se metió en la cocina. Volvió al rato con los ojos rojos y el pelo un poco mojado. Luego encendió la tele y ya no volvió a hablar. Yo creo que se pone así, como raro pero en triste, por todo lo que pasó con mamá antes de las vacaciones, y me parece que todavía no está curado, aunque a lo mejor sí. Ojalá.

Lo que pasó el trimestre pasado es que yo iba todos los jueves a la casita que está al lado de la verja del cole a ver a María, que es la orientadora de la escuela y se parece mucho a Mary Poppins pero sin cantar y sin zapatones duros, y que hace una cosa que se llama terapia para curar porque es maga. María me hacía dibujar y me preguntaba cosas sobre papá y mamá y sobre mi casa, como de detectives de la serie americana de los muertos de Miami que dan por la tele. Y bueno, yo no sé cómo lo

hizo, pero al final ya no me hago pipí en la cama y a papá no le importa que no quiera jugar al rugby y hasta me ha apuntado a la academia de la plaza donde todo son niñas para que aprenda a bailar como Billy Elliot pero en español. Yo sé que María es Mary Poppins aunque ella no lo diga. Pero es que Mary Poppins nunca lo dice, si no ya no sería Mary Poppins y no podría hacer conjuros, por eso no dice nada. Lo mejor de todo es que papá ya no llora de noche cuando cree que no lo veo y a veces hasta se ríe un poco y dice que va a empezar a buscar trabajo para no estar tan triste. Es que hace un año mamá desapareció en el mar cuando el avión donde trabajaba se cayó al agua porque era azafata y ahora vive con los sirenos y por eso no puede mandarme cartas ni mails del ordenador.

Echo mucho de menos a mamá. Hasta el infinito y el inframundo, que es todo el rato.

Pero papá más, más que nadie que yo conozca, porque estaban casados aunque no llevaran anillos.

Antes de Navidad pasaron también otras cosas gordas: Nazia, que es mi amiga y se sienta a mi lado en clase, estuvo a punto de irse a su país con sus padres y su hermano Rafiq. Creo que iban a hacer algo muy malo, más o menos como de espías y ladrones ~~o algo~~, pero no sé lo que es porque no me lo han contado. Su país se llama Pakistán y Nazia dice que es muy grande porque allí son muchos y si no no caben. Al final, cuando ya se marchaban al aeropuerto, la policía llegó al supermercado donde vivían, que está debajo de mi casa, y se los llevó en dos coches con sirena y todo y los metió en la cárcel para que vayan a ver al juez. Por eso ahora están encerrados en unas maz-

morras y a lo mejor ya no salen nunca porque tienen que irse a Alcatraz y bueno. Pero Nazia no. Ella tiene que esperarlos fuera, por eso ahora vive con papá y conmigo. Papá me contó que será por un tiempo, o sea que ahora Nazia es casi como mi hermana, pero no para siempre, solo hasta que el juez se ponga la peluca blanca de tirabuzones y dé un golpe con el mazo y diga «oorden en la sala». Papá me ha dicho que Nazia está en una cosa que se llama «acogida», que es como decir que con nosotros no le puede pasar nada, porque si estás acogido no pasas frío ni hambre y ya está.

Pues resulta que hemos pasado las vacaciones los tres juntos en casa y a veces es raro, porque antes estaba mamá y era distinto. Es que Nazia es una niña y no está casada con papá, y duerme en el estudio del ordenador, que ahora es su habitación, y como cuando vino no llevaba maleta ni nada, porque se la habían quedado en el cuartel, tuvimos que ir con María a comprarle ropa y zapatos y un cepillo de dientes y más cosas que ahora no me acuerdo.

Y me parece que ya está. Bueno, no: el primer día que Nazia durmió en casa, cuando íbamos a acostarnos, me pidió que la peinara, aunque también dijo que no sabía si se podía, porque eso antes lo hacía su madre, pero como su madre no estaba y con papá le daba vergüenza, pues a lo mejor no pasaba nada si la peinaba yo. Entonces se quitó el pañuelo y tenía una melena negra tan larga que le llegaba hasta los pantalones, como la niña hechicera prisionera del cuento de la madrastra que la encierra en la torre para que no se case nunca, pero en oscuro y sin bos que. Y como tenía tanto pelo, al final tuvo que subirse a un

taburete un rato porque yo no llegaba a la parte de abajo. Y luego dijo: «¿A lo mejor también me puedes hacer una trenza o dos? Es que si no, no puedo dormir».

Ahora sí que ya está.

FIN

—Muy bien, Guille —dijo la seño y sonrió así, sin enseñar los dientes ni nada porque a lo mejor tiene una caries y por eso lleva los hierros como de caballo—. Déjala aquí, encima de la mesa. —Luego volvió a coger la lista de las notas y dijo muy bajito «hum, hum» y entonces miró un rato largo como si se le hubiera perdido algo y lo buscara por la clase hasta que al final cerró los ojos—. Nazia —dijo—. ¿Puedes leernos la tuya?

Nazia se levantó muy despacio, llegó a la pizarra, abrió la libreta y entonces bajó la cabeza. Cuando parecía que iba a empezar a leer, cerró la libreta y me miró así, como cuando quiere decir algo pero también no quiere decirlo porque igual es un secreto y entonces mejor que no.

La seño, que estaba sentada en su mesa grande puso las cejas muy juntas y también hizo «cht, cht» con la lengua, como si tuviera un trozo de jamón metido en el agujero de la muela pequeña.

—¿Nazia, pasa algo? —preguntó, volviendo a separar las cejas.

Nazia la miró despacito. Luego también miró al suelo y dijo:

—Es que... no puedo.

La seño puso una ceja así, para arriba, y luego la otra.

—¿No puedes?

Nazia dijo que no con la cabeza, pero como la seño a lo mejor no la había visto bien, también lo dijo en voz alta.

—No.

—¿Por qué?

Elena Ros se tapó la boca con las manos y se rio un poco, pero no mucho porque en ese momento sonó el timbre y entonces los gemelos Rosón se levantaron de golpe, arrastrando las sillas y pillándole los dedos contra el borde de la mesa a Anita Márquez, que soltó un grito y también el estuche de latón de Hello Kitty, y la seño enseguida levantó la mano muy arriba y también el dedo, y dijo muy seria:

—Niños, que nadie se vaya sin dejarme la libreta, haced el favor. —Luego miró a Nazia—: Puedes dejarla aquí, Nazia.

Y ya está.